

bir y exponer las aportaciones más originales y significativas de esta —como todas las formas del «pop»— efímera pero necesaria y progresista marea juvenil. Los elementos reaccionarios de la misma, así como los mitos publicitarios y vehiculados por los «massmedia» quedan así al desnudo, y se ve claramente el cómo y el porqué de la manipulación de una forma de expresión que se nos muestra como la continuación lógica de las servidumbres que conllevó la revolución mental de la segunda mitad de los años sesenta, enterrada oficialmente, pero subyacente en esta revolución sexual en la que se ocupan «los liberadores del cuerpo» a través de los canales del «rock».

La Velvet Underground, grupo de los sesenta en el que se formaron los más lúcidos personajes de la marea, David Bowie, Alice Cooper, New York Dolls, Roxy Music, Jobriath y las demás figuras representativas de este ambiguo pero efectivo e irreversible paso cultural, son dibujadas en severos y personales trazos, interrelacionadas, desnudadas y ofrecidas al lector con abundantes referencias y puntos delimitativos, contemplando el autor las implicaciones y servidumbres que guardan con respecto a otras manifestaciones artísticas, como el cine «underground», el teatro «off-off», el arte «pop», etcétera, completado todo ello con una antología de textos/canciones bilingüe, concesión clara a los «fans» que quieren seguir en los vinilos correspondientes los significados, triviales en gran medida, en tanto en cuanto el «gay-rock» es más una forma escénico-musical que otra cosa. ■ JESUS ORDOVAS.

El arte entre nosotros

Un espléndido y denso trabajo de Simón Marchán inicia la serie de diversos escritos reunidos por Vicente Aguilera Cerni en «El

arte en la sociedad contemporánea» (Fernando Torres, Editor, Valencia). El propio Aguilera ya señala en la introducción que «el procedimiento tiene el inconveniente de las eventuales diversidades metodológicas y estilísticas que pudieran resquebrajar su unidad». Y, efectivamente, así es. Aquí, al contrario que en el hermoso verso de Guillén, nunca «cuatro son uno» (y más todavía cuando son dos veces cuatro) ni se da, por ello, la «victoria, bella unidad». Pero si no se logra esa victoria de unas conclusiones, más que problemáticas por otra parte, si quedan expresadas una serie de propuestas diferentes que se brindan al lector, ya que no para su solaz (no está el horno para bollos), sí para su desvelo e incluso irritación.

Marchán parte de una cierta lectura de Benjamín y sitúa al objeto artístico tradicional en el marco de la sociedad industrial capitalista, colocándose fuera tanto de un sociologismo toscamente entendido, como de una absolutización esteticista. Hace una historia del surgimiento y desarrollo del arte y de la evolución de sus funciones hasta su consideración como mercancía y la consolidación del arte de caballete, el coleccionismo, la exposición, la academia, los marchantes y galerías, y la reacción anti-galería en muchas experiencias que propugnan un arte/vida, pero («no hay que hacerse apresuradas ilusiones») que a veces, tras incoordinar un poco en el gran estómago de la sociedad, terminan por ser digeridas. Marchán considera el valor de uso y el valor de cambio del objeto artístico, y llama la atención, por ejemplo, sobre los museos, aparentemente incontaminados, pero que separan el arte de la vida y/o legitiman el valor de cambio de los artistas «museables». ¿Qué alternativas ve el autor? No hay una total, que sería utópica: si diversas

propuestas nacientes que «no podrán resolverse sólo ni exclusivamente en el terreno de la propia actividad artística, sino en la dialéctica histórica más amplia, a nivel de relaciones sociales en su totalidad...».

Corredor-Matheos plantea con claridad y lucidez el tema de arte y mercado, que el lector de TRIUNFO tuvo ya ocasión de conocer en sus líneas fundamentales (apareció aquí un avance del trabajo con el título de «El mundo de las subastas», número 588).

Por trochas diferentes camina García Viñó cuando examina la situación del artista en la sociedad. El artista (plástico) es «un productor de valores espirituales» inmerso en una «sociedad materialista... en la que los valores del espíritu «se baten en franca y lamentable retirada». Hoy «caminamos hacia un mundo sin arte» y ha concluido ya la primitiva rebeldía del artista de los inicios del arte moderno. El arte ocupa cada día más un lugar marginal y el artista ha claudicado.

Al analizar las relaciones del arte con la industria de la cultura, Ernesto Contreras subraya cómo, por reacción al aislamiento posbélico, la cultura española se entrega ahora a la xenofilia y al snobismo, presa de una cierta identificación entre lo actual y lo foráneo y poseída de psicosis de actualidad. ¿Qué hará el arte en la sociedad que va haciéndose? Aunque el ideal del hombre total siga siendo una utopía, encuentra «posibilidades del arte en la sociedad industrial», sin aventurarse desde luego en qué mares pueda desembocar el río de estas posibilidades.

Cuatro preguntas se hace Rodríguez Aguilera (quién, cómo, por qué y para qué se consume el arte). El arte, «la más intensa alegría que el hombre se auto-proporciona», va destinado en las actuales circunstancias a «los estratos sociales económica-

mente pudientes», y ello a pesar de «todas las vocaciones sociales que pueda tener su autor». ¿Situación desesperada? Quizá no tanto, porque por encima de todas las manipulaciones, la obra de arte sigue siendo portadora de su propósito y su intención.

Con preocupación no muy lejana de todo esto observa Alexandre Ciriaci la libertad y servidumbre que se presentan lejos del campo del artista (a quien, en cuanto realizador del diseño que se transmite, Ciriaci estima que «es más exacto llamarle diseñador»). Y entonces, para la observación del fenómeno artístico, es útil la introducción del concepto de modelo y considerarlo con él como herramienta de trabajo las diversas acciones del emisor, del transmisor y del receptor... Y así, sacando partido de esta perspectiva, Ciriaci analiza el fenómeno en varios casos relacionados con el poder político, el artista liberal, el sistema industrial y el «underground»...

Daniel Giralt-Miracle toca (y no de oído) el tema del diseño. Giralt, que ve primero la bipolaridad ya clásica de diseñador como creador de problemas-inventor de soluciones, hace luego un estudio de la significación del diseño... El diseñador ha de sortear la embestida de un Jano bifronte; por un lado, «enseñar a leer las imágenes a un público visualmente analfabeto»; por otro, el de su propio sometimiento a unos engranajes que intentan hacerlo papilla para convertirlo en «un auténtico provocador mercantil»... Y en cuanto a su obra, «no es, pues, el diseño que ofrece una imagen de aparente progresismo el que realmente cubre las necesidades del usuario, sino aquel que cultural, social e ideológicamente coincide con él».

En unas notas sobre las nuevas corrientes artísticas y su inserción social, Juan Manuel Bonet contempla una vez más el gran proceso dialéctico del sistema con las sucesivas vanguardias. Y ante ello se cues-

tiona si la estrategia de medios (relacionada con Enzensberger y la Internacional Situacionista) es la única salida, si hay que perder el miedo a ser manipulado para poder manipular al manipulador presunto... y ve esta estrategia

más como una táctica coyuntural porque «es difícil que se materialice como alternativa cultural» y «no pasa de ser un apoyo táctico o ayuda material» para la lucha liberadora. ■ VICTOR MARQUEZ REVIERGO.

TEATRO

América Latina, en Nancy

Si contemplamos el trabajo de los grupos latinoamericanos reunidos en Nancy, la primera y más inmediata connotación que surge es de carácter político. Se trata de un teatro mejor o peor hecho, pero referido a un discurso social y político, en función del cual encuentra su vigor a su debilidad e incluso las razones de su lenguaje estético.

BRASIL

En Nancy actuaron tres compañías brasileñas. Ninguna podría compararse con la que hace aún un par de años presentó una admirable versión de «La boda de los pequeños burgueses», de Brecht, con el título de «Pao e circo». Dicen que aquel grupo desapareció. Otros hablan de detenciones. Imposible saber lo que haya en ello de verdad. Lo que sí es rigurosamente exacto es que ninguna de las tres compañías brasileñas interesó, ni siquiera el Teatro Libre de Bahía, cuyo espectáculo callejero, hecho de breves relatos, animado con bailes, revestido de fiesta, se fue perdiendo poco a poco en los abismos del cliché. En Nancy hemos visto brasile-



«El señor Galindez», del argentino Pavlovsky.